

TIEMPO DE

# AVENTURA

N.º 10 - 400 PTAS.

Los Dani  
**ANTIGUOS  
CANÍBALES**

**YEMEN**  
Vivir en  
el ayer

**TIRUPATI**  
Cabellos  
para  
los dioses

**RUWENZORI**  
Ascensión  
entre nubes





# EL REY DE LAS NUBES

*Un mar de nubes cubre los perfiles del mítico Ruwenzori. En la ascensión, el frío, la bruma y la humedad se convierten en compañeros inseparables que ralentizan la marcha hacia la cumbre de las Montañas de la Luna.*

TEXTO Y FOTOS: JOSÉ MIJARES.

**L**a azarosa carretera que cubre los últimos kilómetros hasta el pie del Ruwenzori, en el poblado de Mutwanga, nos inquieta al tiempo que nos descubre el increíble paisaje del parque de la Virunga, Butenbu y Beni, escenario de nuestra aventura en tierras zaireñas que compartiremos, casualmente, con una pareja de italianos.

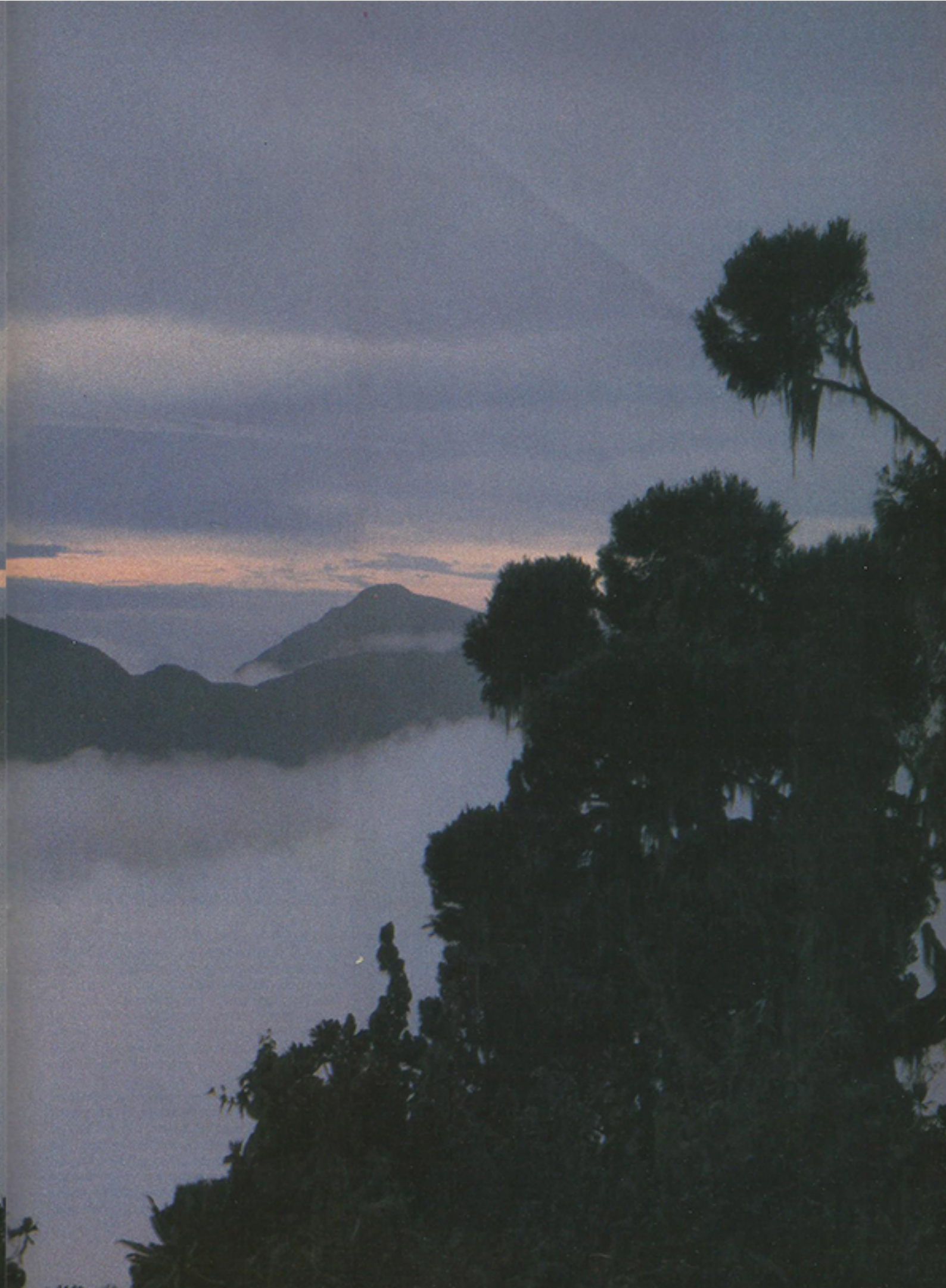
Mutwanga, el último punto civilizado, nos recibe con una tupida lluvia que desafía a la tan esperada época de

sequía y nos avisa de lo que será la selva en las jornadas siguientes. Ha llegado el momento de la verdad. Tenemos la esperanza de organizar el porteo y llegar al glaciar en las mejores condiciones. Alcanzar la peligrosa cima sólo depende del clima y de nuestra capacidad y soltura. El revuelo de los porteadores me indica que ya ha amanecido y que debemos preparar todo el material con pulcritud y rapidez, junto con los italianos. Tres

porteadores y un guía serán suficientes. Los bosques de bambú y helechos, los desmesurados desniveles que tenemos que superar con pies y manos, nos dan una idea de la dureza del camino que nos espera. El húmedo fango bajo mis pies calados, igual que mi cuerpo, y el asfixiante ambiente casi acuático me dejan destrozado en estas primeras rampas. Si ahora que acabo de salir jadeo asfixiado, ¿qué será de mí a los 5.000 metros? Los porteadores, des-











calzos y con una liviana vestimenta, manejan con destreza la carga, saltando y esquivando los charcos que yo hace tiempo he renunciado a sortear. Me mojo continuamente, pero no le doy importancia. Espero ansioso el frío y el hielo, donde me defenderé con soltura. Entre tanto, Manuel y Elena, los italia-

**Camino de la montaña el avance es lento. A menudo hay que parar para sacar el vehículo del fango hasta que, definitivamente, un accidente nos deja en la cuneta. Es tan sólo un aviso de las dificultades que nos esperan en esta aventura zaireña.**





nos, que han salido con ventaja, nos dejan escuetos mensajes de ánimo en el barro. La selva, increíblemente cerrada, tupida de vegetales, se convierte en una ghyrcana. Parece una escalada acrobática sobre hierba. No me esperaba tanta dificultad en una montaña que no tiene en sí misma demasiado interés para el alpinista avanzado. Pero he venido en busca de aventura y eso, sin duda, está garantizado en esta cumbre, de la que aún no conozco más que su silueta a través de una fotografía aérea de 1937. ¿Será tan agreste el glaciar? Las nieblas..., ¿veremos el camino? Los nervios incontables y el deseo de ver por fin con quién me enfrento me dejan en un es-

tado lamentable antes del gran reto. Con el pensamiento absorto, dejo caer los pies, esperando que alguien nos dé la voz de ¡refugio!, como si de la más prestigiosa cima se tratara. Una travesía horizontal me pone a la vista a los italianos, como pequeños Gulliver en una vegetación gigantesca. En un recodo de la selva aparece una construcción de madera. ¡Por fin, el primer refugio!, Kalonga, a 2.138 metros. Es como sentirse aislado del mundo y desde aquí parece extraña la idea de escalar o salir de esta guarida para meterse en medio de la selva donde todo parece cansado y peligroso. Pero una absurda necesidad de descubrir algo nuevo me mueve hacia lo

desconocido. Los porteadores van llegando cuando aún les queda luz para organizar la cena. ¡Un auténtico banquete! Han subido un cerdo vivo hasta el refugio, y después de matarlo de un modo poco ortodoxo comienza el festín, al que asistimos como espectadores. Después le sigue el licor de banana, que les deja embriagados hasta el amanecer. La fatiga ha disipado mis dudas y me siento realmente optimista ante un día que termina sin incertidumbre, aunque con impaciencia.

El día se presenta tan duro como el anterior. Lo porteadores empiezan la jornada sin ningún rastro que delate la borrachera de la noche. La lluvia hace acto de presencia a primera hora





de la mañana, y envueltos en una constante y helada niebla vamos ascendiendo completamente empapados. La selva cerrada y angosta da paso a un paisaje más despejado donde resulta incómodo caminar. Un sinfín de ramas, árboles caídos y pronunciadas rampas debilitan mi ánimo. Sólo deseo llegar al refugio donde guarecerme. Tropiezo continuamente en la interminable pendiente mientras una pertinaz sensación de frío húmedo me lleva hipnóticamente hasta el refugio de Mahangu, a 3.310 metros, sobre la arista ascendente de la selva. Con el frío y la humedad calados hasta los huesos nos preparamos para descansar. El refugio se convierte enseguida en una espe-

cie de lavandería. Al anochecer, un increíble mar de nubes flota a nuestros pies, y en la lejanía vemos el glaciar que nos hace soñar. El silencio, interrumpido sólo por el aullido de algún animal, pone en marcha la imaginación, aunque siento un escalofrío de inseguridad.

A pesar del fuego, nos levantamos entumecidos por el frío y la humedad. Hasta el siguiente refugio el ambiente es igual. Un bosque continuado de lobelias y senecios de gran tamaño bordean nuestro paso. La subida de hoy no es tan dura, el agua se ha transformado en escarcha y fango helado. En el horizonte vemos el perfil de las montañas que tanto buscamos. El tiempo,

aunque frío, se mantiene despejado y aumenta nuestras esperanzas de llegar a los glaciares que ahora aparecen al alcance de nuestra mano. Pero nuestro objetivo, el Alexandra, está aún distante y no es visible desde aquí. El hielo está quebradizo y peligroso; caen con frecuencia aludes que barren la pared. Aunque todos nos encontramos bien, la altura y el frío se dejan notar mientras llegamos al Kiondo, el refugio de piedra a 4.200 metros de altura. Sobre el cemento que cubre el suelo extendemos nuestros sacos e intentamos tapar las ventanas destartadas. Casi no puedo comer, sólo pienso en descansar. La noche es muy fría. Me organizo cuidadosamente para dormir,





pero estoy intranquilo por el aspecto de los glaciares y las nubes perennes. Apenas descanso y me levanto azarado e inquieto. Salumo, el gufa, nos indica que para continuar hacia la morrena donde está el último glaciar debemos pagar un extra, puesto que hay que cruzar en cable un pasaje de es-

**La selva, angosta y cerrada, nos envuelve. La humedad es agobiante. Una interminable rampa ascendente conduce al destartalado refugio con el que todos soñamos. Rápidamente, los porteadores hacen fuego para preparar la comida y secarnos.**







calada que, según ellos, es muy peligroso, aunque probablemente no es más que un pretexto para sacar más dinero. Camino del cable, la casi totalidad de las cimas del Ruwenzori están a nuestro alcance, así como una multitud de lagos verdes, blancos, grises... a más de 4.000 metros. Al pie de

**Las cimas del Ruwenzori ya están a nuestro alcance, aunque las nubes perennes que se ciernen sobre los glaciares dificultan la ascensión en los últimos metros. Hemos alcanzado la cumbre, los 5.119 metros, pero la niebla no permite disfrutar del paisaje.**





uno de ellos, una pequeña expedición italiana organiza el descenso después de no conseguir ninguna de las cimas. La niebla y el continuo mal tiempo le impidió pasar del Plateau Stanley.

Llegamos al último refugio, Moraine Hut, sentado sobre la morrena a 4.350 metros, que aun sin techo y sin puerta se convertiría en nuestro hogar durante casi una semana. Nuestros amigos italianos prefirieron quedarse al pie del lago con sus compatriotas.

Hemos decidido hacer el primer ataque esta misma noche. Comemos algo y descansamos en este lúgubre refugio esperando la media noche. A las doce, la contraseña de frontales nos indica que están al pie de la pared. Les

alcanzamos en pocos minutos e iniciamos el ascenso lentamente. La nieve dura nos obliga a extremar precauciones en esta primera rampa larga e inclinada. Subimos sin encordarnos, con la idea de llegar al Plateau cuanto antes, con la esperanza de que el tiempo se mantenga. A partir de aquí, una afilada arista, todavía más vertical que las anteriores, marca nuestro ascenso.

El tiempo ha cambiado bruscamente, vuelve a ser frío, brumoso e inestable, pero sabemos que la arista conduce a la cima, sólo hay que seguir subiendo. Nos encordamos únicamente en los tramos más comprometidos para no retrasarnos más. Llegamos a la cima: 5.119 metros. No podemos observar

el paisaje, pero estamos contentos. Nos inquieta el descenso, porque si el tiempo continua así no va a ser nada fácil. Organizamos algunos rappes sobre setas de hielo inestable y destrepamos como podemos.

En el Plateau la visibilidad es nula y me intranquilizo. Aprovechamos las brevísimas mejorías del tiempo y con la brújula logramos hacer el descenso. Más de 20 horas sin salir del saco son la recompensa de la subida. Después, el terrible mal tiempo, nuestro fiel compañero, no nos dejó ni siquiera salir del refugio hacia otras cimas. Pero estábamos contentos, habíamos conquistado al Rey de las Nubes.

